

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**
EL CHELÍN DE PLATA

Ana Campoy



edebé

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**
EL CHELÍN DE PLATA
Ana Campoy



edebé

© Ana Campoy, 2011
© Ed. Castellana: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas e ilustraciones: Álex Alonso

Primera edición, octubre 2011

ISBN 978-84-683-0304-8
Depósito Legal: B. 24013-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mi hermana Amanda,
la mejor socia que puedo tener.
Y para Tiza, la nobleza hecha perrita.*

Índice

1. La visita sorpresa	7
2. El señor Doyle	25
3. Un vecino muy extraño	47
4. Un día trágico	67
5. Para Sherlock Holmes y compañía	81
6. El correo robado	99
7. Resolviendo el enigma	135
8. El paradero de Morritos	151
9. El rescate	171
10. El número final	195
Epílogo	219
¿SABÍAS QUE...?	229

Capítulo 1

La visita sorpresa

La arena del reloj parecía caer cada vez más despacio. Agatha observaba el fino trayecto que descendía desde la parte superior, repleta de tiempo, y se amontonaba poco a poco sobre la base. ¿Por qué los relojes de arena no podían apresurarse un poco más? Había veces en que daban ganas de agitarlos para que los segundos cayeran más deprisa y las clases de aritmética no fueran tan aburridas como lo era aquélla.

El señor Miller, el padre de Agatha, creía que su hija debía mejorar su cálculo ese verano. Aquel año había dedicado demasiado tiempo a revolotear por el barrio buscando misterios que resolver. Así que, aprovechando que él y su esposa emprenderían un largo viaje por Europa, el señor Miller había contratado una nueva institutriz que se encargara de Agatha durante las vacaciones.

A la niña, en cambio, la idea no le pareció tan

estupenda: no había nada más desagradable para ella que ponerse a hacer cuentas. Pero no hubo manera de evitarlo. Los números se habían confabulado para hacerle la vida imposible.

La señorita Henderson leía su libro justo enfrente de la mesa de Agatha. Había llegado hacía un par de días, poco después de que el señor Miller pusiera un anuncio en el *Times* para hacer la selección de maestras. A Agatha le hubiera gustado que la vieja señora Potter, la anciana que siempre se había encargado de su educación, continuara en su puesto. Pero la señora Potter contaba las horas que le quedaban para huir junto a sus sobrinos hacia la costa francesa. No estaba por la labor de pasar un largo verano de esclavitud matemática sentada frente a Agatha. Y fue entonces cuando el señor Miller se topó con el problema de buscar una sustituta.

El hombre se apresuró a poner el anuncio en el periódico, pero las pocas candidatas que se presentaron eran muy inadecuadas. Como el tiempo se le echaba encima, y viendo que tampoco había mucho entre lo que escoger, el señor Miller decidió elegir a la aspirante que le transmitiera más confianza. Y contrató a Jane Henderson.

La joven maestra desvió la mirada de su lectura y se fijó en el trabajo de Agatha. Ésta apenas había resuelto un par de cuentas y no paraba de bambolear sus piernas inquietas bajo la mesa. La señorita Henderson cerró el libro, tomó su bastón de madera e intentó levantarse de la butaca.

—¿Necesita ayuda? —susurró Agatha con toda su buena educación.

—No es necesario —contestó la institutriz, que se incorporó sobre su vara temblorosa—. Lo que debes hacer es terminar tus multiplicaciones.

La niña cerró la boca. La nueva maestra no era desagradable en absoluto, pero su actitud reservada hacía que Agatha se sintiera incómoda. Apenas hablaban durante las clases. La señorita Henderson se limitaba a transmitirle sus explicaciones y a encomendarle los ejercicios adecuados, pero aparte de los saludos y las despedidas de cada mañana, no había nada de la institutriz que Agatha pudiera considerar interesante.

La niña volvió a sus ejercicios y la señorita Henderson se aproximó a la ventana. Era una mujer alta y vigorosa, de rasgos suaves, aunque su cabellera rojiza llamaba bastante la atención. La maestra la

recogía con un discreto moño en lo alto de su cabeza, y así el color de su pelo lograba pasar desapercibido. Aunque por otro lado, estaba el tema de su cojera. Tal vez fuera lo más exótico de la maestra, teniendo en cuenta su juventud. Debía de rondar los veintiún años, una edad temprana para tener que apoyarse en un bastón. Y su poco manejo con él hacía que Agatha se echara a temblar cada vez que la maestra se ponía en pie.

Al principio la niña pensó que aquella mujer no sería capaz de subir y bajar cada día las escaleras para acudir a la sala de lectura e impartir sus clases. Hércules, el mayordomo, la había instalado en la antigua habitación de la señora Potter, en la planta baja, y la niña albergaba la esperanza de que aquella dificultad pudiera librarla de las odiosas clases de verano. Sin embargo, en contra de todo pronóstico, la institutriz se empeñó en conseguirlo, aunque cada vez que subía y bajaba los escalones, diera la impresión de que se precipitaría al suelo de un momento a otro.

En realidad, no era culpa de la maestra que a Agatha no le interesara el cálculo lo más mínimo. No podía evitarlo. Lo que ella sin duda deseaba era emplear el tiempo investigando los casos de Miller & Jo-

nes, la agencia de detectives que había fundado junto a su amiga Morritos, una perrita muy inteligente y peculiar. Los inicios de la agencia se habían centrado en casos muy sencillos y de fácil resolución, pero tras el asunto de los diez pájaros Elster, un robo espectacular que había tenido lugar en el vecindario, Agatha y Morritos conocieron a su tercer socio y colega: Alfred Hitchcock.

Alfred provenía del Barrio Este, una zona humilde de las afueras de Londres. Pero eso no le había impedido hacerse amigo de Agatha, que vivía en uno de los distritos más opulentos del centro. Nadie dudaba que el barrio de Bayswater estuviera habitado por las personalidades más selectas de la sociedad, aunque eso era algo de lo que Agatha procuraba no presumir. Gracias a sus aventuras con Alfred había descubierto que lo más importante era contar con un amigo de verdad, sin importar su procedencia.

La niña terminó una de sus cuentas y volvió a ensimismarse en sus pensamientos. Esperaba que Morritos no se retrasara con el plan. Aquella mañana Alfred vendría a visitarlas y los tres tenían muchas cosas que hacer juntos, así que era necesario adelantar el final de la clase de aritmética. La señorita Hen-

derson opinaba que Agatha necesitaba concentración para poder asimilar bien las lecciones, y por eso había exigido que Morritos esperara todas las mañanas fuera de la salita mientras tenía lugar la hora de estudio. Morritos, en cambio, no estaba de acuerdo con esa decisión. Verse relegada a esperar en el vestíbulo se le hacía tan insoportable como a Agatha tener que resolver las tediosas multiplicaciones. La señora Potter nunca había tenido problema con que Morritos permaneciera junto a su amiga mientras ésta recibía sus clases, y el hecho de que las normas hubieran cambiado no era muy agradable para la perrita.

Agatha volvió a mirar el reloj de la señorita Henderson; apenas quedaba un poco de arena en la parte superior. Morritos se estaba retrasando. Como esperara más, la clase concluiría por sí sola y el plan de adelantar la huida no tendría sentido. La niña tomó su lápiz y trató de concentrarse en sus multiplicaciones; y entonces, un gran estruendo metálico, como de cacerolas que no paran de rebotar contra el suelo, acabó con el silencio de la sala.

—¿Pero qué has hecho? ¡Ten más cuidado!
—chilló una voz procedente del vestíbulo.

De repente, un líquido jabonoso apareció bajo

la puerta y comenzó a extenderse por el suelo de la sala de estudio.

—¡La alfombra persa de mi madre! —exclamó Agatha al ver cómo el agua sucia avanzaba, esparciéndose por todas partes.

La señorita Henderson aferró su bastón con aplomo, se dirigió hacia la puerta de la salita y la abrió de par en par. Al otro lado, Rose, la sirvienta, intentaba recoger el desastre que se había organizado, ya que Morritos había derramado el cubo de fregar siguiendo el plan al pie de la letra.

—¡La alfombra de la señora! —gritó Rose al ver el recorrido del agua, y corrió a remediar el posible desastre ayudada por la señorita Henderson.

Agatha saltó de la silla y huyó hacia el vestíbulo, donde Morritos esperaba admirando su hazaña.

—Te has retrasado —le reprendió la niña.

Morritos Jones torció el morro y siguió a su amiga escaleras abajo. Puede que Agatha nunca comprendiera lo complicado que resultaba ser una perra tan eficiente como lo era ella.

* * *

En el invernadero, Alfred esperaba impaciente a que Agatha bajara de su clase. Se había puesto su mejor chaqueta, la de los domingos, había lustrado bien sus zapatos, e incluso le había quitado un poco de brillantina a su padre para untársela por el pelo. No solía engalanarse tanto en sus visitas a la mansión Miller, pero aquella ocasión era diferente: Agatha le había prometido que irían a conocer a alguien muy especial. Iba a ser una sorpresa.

Además de la emoción por la visita, Alfred también se encontraba muy contento aquella mañana. El día anterior había obtenido su boletín de notas, pues era el último día de clase en el Colegio San Ignacio. Sus padres se habían quedado muy sorprendidos cuando Alfred llegó a la tienda de comestibles y les mostró los cuatro sobresalientes que había obtenido al final del curso; tanto, que el señor Hitchcock abrió el cajón del dinero de la tienda, sacó una brillante moneda de un chelín y se la plantó a su hijo delante de las narices.

—Espero que sepas darle el uso honorable que merece —dijo tras entregarle el dinero, de la misma manera que si le hubiera nombrado caballero del Imperio Británico.

Alfred metió el chelín en su bolsillo y no lo soltó hasta que llegó a casa. Notaba su palma sudorosa apretando el metal de la moneda. Ni siquiera durante la cena podía dejar de sentir su flamante relieve en la yema de los dedos. Y por la noche, cuando ya se había puesto el pijama, extrajo el chelín de la chaqueta y lo puso bajo la almohada, no fuera a ser que se extraviara durante el sueño.

La luz que inundaba el invernadero sacó a Alfred de sus pensamientos. Metió la mano dentro del bolsillo de la chaqueta y palpó su chelín. Estaba ansioso por mostrarle a Agatha su tesoro.

Desde que Alfred conoció a Agatha y empezó a colaborar en la resolución de los casos de Miller & Jones, las reuniones de la agencia habían transcurrido en aquel lugar. Era el sitio adecuado para que nadie los molestase, y su amiga había logrado convertirlo en un despacho bastante acogedor. Allí permanecía el cojín rojo con borla dorada que Morritos utilizaba para recostarse, su favorito para dormir la siesta. Y es que Morritos Jones era una perra muy particular. Si algo se le metía entre oreja y oreja, nadie podía evitar que se saliera con la suya. Era algo bueno de cara a las investigaciones, pero también era cierto que Morritos era

demasiado cabezona en todo lo demás. Alfred se había dado cuenta de su especial carácter nada más conocerla, y aunque el chico había procurado llevarse bien con ella, percibía que su relación con Morritos nunca sería igual que la que mantenía con Agatha. Definitivamente, no estaban hechos el uno para el otro.

Alfred echó un vistazo al reloj de pared del invernadero. Éste daba las once y diez. Agatha llegaba tarde, y eso no era nada habitual. Hacía dos días que la niña había comenzado sus clases de verano con la nueva institutriz, pero le había asegurado que aquella mañana estaría en el invernadero antes de las once en punto.

El chico sacó su flamante chelín del bolsillo y alzó la mano para observarlo a la luz. Le maravillaba la forma en que los rayos de sol rebotaban contra la plata de la moneda. Su superficie era tan lisa como un espejo. Se habría quedado mirándola hasta la eternidad, pero de pronto una vocecilla chillona le sacó de su ensimismamiento.

—¡Alfred! ¡Pareces todo un caballero!

Agatha le observaba desde la puerta del invernadero y sonrió al ver cómo su amigo se estiraba la chaqueta tratando de parecer distinguido. Morritos

penetró en la estancia y corrió a tumbarse sobre su cojín rojo de borla dorada. El plan de aquella mañana había supuesto demasiado esfuerzo para ella, y le apetecía aprovechar los rayos de sol que se colaban a través del amplio ventanal.

—No te acomodes mucho, Morritos —le advirtió Agatha—. Vamos a salir enseguida.

La perrita se revolvió incómoda sobre su cojín. Salir de casa sin tener un caso ante las narices siempre resultaba aburrido.

—¿Va a acabar pronto este misterio? —preguntó Alfred—. ¿Quién es esa personalidad tan importante a la que voy a conocer?

—Todo un lord inglés —le informó su amiga mientras le arrebatava el chelín de la mano—. ¿Y tú? ¿De dónde has sacado esto? Brilla una barbaridad.

—Lo sabrás en cuanto contestes a mi pregunta —contestó Alfred tratando de no perder la batalla—. Por cierto, ¿qué tal ha ido tu clase?

—Prefiero no mencionarlo.

Alfred percibió que a pesar de lo especial de la visita, su amiga no estaba muy contenta aquella mañana. Y era obvio que el motivo eran aquellas dichas lecciones de aritmética.

Si había algo que Alfred había aprendido del tiempo que había pasado con Agatha, era la gran pasión que la niña ponía en las cosas que le interesaban. Era capaz de remover cielo y tierra con tal de resolver un caso de la agencia. Sentía auténtica devoción por cualquier historia misteriosa que pudiera ser del interés de Miller & Jones. En cambio su actitud era muy diferente cuando la obligaban a hacer lo que no quería. Y una de las cosas que más detestaba eran las matemáticas. Agatha odiaba el cálculo. Le provocaba un aburrimiento atroz. Alfred no comprendía el motivo. Él siempre había opinado que toda ciencia se basaba en la exactitud. Y la matemática era la ciencia más exacta de todas.

La niña dio un suspiro y le devolvió el chelín a Alfred. Echó un vistazo al reloj de pared del invernadero y se atusó el pelo. Después se dirigió hacia el escritorio donde ambos solían despachar con los clientes de la agencia y sacó una gran caja ovalada de uno de los cajones.

—Toma. Tú llevarás los dulces —dijo arreándole a Alfred el enorme galletero atado con un pomposo lazo—. Creo que podemos marcharnos ya.

—¿Vamos a ir muy lejos? —Alfred esperaba no

cargar con la caja demasiado rato; corría el riesgo de arrugarse el traje.

—Lo cierto es que no. Está aquí mismo. La sorpresa vive en una de las mansiones de la calle.

—Agatha, por favor. Déjate de misterios innecesarios y guárdalos para cuando sea importante. ¿Quieres decirme a quién vamos a visitar?

—¿Sabes quién es Sherlock Holmes?

—¿Sherlock Holmes? Pues claro. Pero no querrás que crea que un personaje de novela es vecino tuyo y vive en la casa de al lado.

—No, querido Alfred —contestó Agatha, siempre por delante—. Por desgracia no puedes conocer a Sherlock Holmes si no te decides a leer una de sus historias. A quien te voy a presentar es a alguien mejor, el culpable de que Sherlock Holmes exista. Y ése no es otro que el escritor que se encargó de darle vida: mi amigo y vecino, Sir Arthur Conan Doyle.

* * *

Salieron del invernadero y siguieron el caminito de piedra que llevaba al jardín de la entrada. Era

una ruta muy útil, ya que gracias al pequeño sendero no era necesario pasar por la casa para salir o entrar de la finca. Muchos de los clientes de la agencia se conocían ya el camino y Agatha pensaba que había sido todo un acierto montar el despacho en el invernadero. Así no causaban molestias en la mansión.

La niña se encontraba muy contenta por poder presentar a Sir Arthur a su amigo. Conocía al famoso escritor desde hacía algunos años, cuando éste decidió fijar su residencia en Londres y eligió el barrio de Bayswater para establecerse. Tras el éxito de sus novelas, el señor Doyle se había convertido en una de las personalidades más ilustres del vecindario.

Agatha, Alfred y Morritos avanzaron por el caminito y llegaron a la parte delantera del jardín. Mientras caminaban, un relincho de caballos llamó la atención de Alfred. Éste miró a través de la verja de la finca y pudo apreciar cómo un coche acababa de detenerse frente a la puerta de los Miller.

—Creo que tienes visita —le dijo a su amiga.

La niña miró hacia el exterior de la verja y comprobó que Alfred estaba en lo cierto. Un carromato se hallaba parado en la entrada.

Los chicos se desviaron hacia el porche para

ver quiénes eran los recién llegados. Una vez allí comprobaron que Hércules, el mayordomo, ya estaba al tanto. Acababa de abrir la puerta principal y permanecía en el porche esperando a los visitantes.

—Se trata del equipaje de su nueva institutriz —explicó Hércules—. Acaban de traerlo en ese coche de caballos.

Agatha vio cómo en la verja de la entrada aparecía la señorita Henderson junto a su inseparable bastón. Debía de haber salido para recibir el carruaje. Tras ella, dos hombres portaban un enorme baúl de madera con pinta de pesar una tonelada.

A Alfred la escena le pareció divertida. El primero de los portadores era alto y muy delgado. Era increíble que fuera capaz de sostener nada en el aire, pues un simple soplo habría bastado para derribarlo. Por el contrario, el segundo era casi tan bajito como un niño. Su vientre era ancho como un tonel de ron, y hacía verdaderos esfuerzos por elevar el baúl hasta la altura de su compañero. No podía decirse que cumpliera muy bien con su trabajo.

Los dos avanzaron por el enlosado hasta alcanzar el porche de la entrada. Alzaron el baúl y subieron los escalones hasta la puerta principal. De pronto se

oyó un inesperado gruñido. Se trataba de Morritos, que estaba plantada frente al hombre rechoncho tapándole el paso a la casa.

Agatha se apresuró a apartar de ahí a la perra, y se agachó para cogerla del collar, pero no pudo evitar fijarse en la expresión de sorpresa del tipo gordiflón. Su mirada era un tanto incómoda, como si no se supiera en qué dirección estuviera apuntando y la niña comprobó el motivo; uno de sus ojos era de cristal.

—Lo siento. No le gustan los extraños —se disculpó tras agarrar a Morritos y dar un paso atrás.

El hombre grueso no dijo una palabra. Posó su ojo sano sobre la perrita y se quedó observándola un largo rato. Después lanzó una mirada fugaz sobre la señorita Henderson. Agatha pensó que quizá el hombre dudaba si debía entrar o no en la casa. Al fin Hércules acudió para indicar a los portadores dónde colocar el baúl. Los tres avanzaron por el recibidor y sus pasos desaparecieron al fondo del pasillo.

Agatha volvió su atención al porche e intentó olvidar aquel extraño incidente.

—Alfred, aún no te he presentado a la señorita Henderson, mi nueva institutriz.

El chico se fijó en el pelo de la maestra, que era casi tan rojo como el azafrán. Después le devolvió el saludo con una pequeña inclinación de cabeza, pues por culpa del dichoso galletero, no alcanzaba a estrechar la mano de la señorita. La maestra contestó educadamente y con una mirada sosegada se dirigió a su nueva alumna.

—Señorita Agatha, supongo que recordará que mañana no tendremos nuestra clase. Los jueves tengo el día libre.

—Por supuesto que lo tengo en cuenta —contestó la niña intentando no mostrarse demasiado feliz a ojos de la maestra—. Continuaremos el viernes.

La institutriz dibujó una leve sonrisa y la niña bajó las escaleras seguida de Morritos. Alfred se despidió de la señorita Henderson y persiguió a su amiga por el enlosado. Tenía ganas de conocer al famoso señor Doyle, pero lo que sin duda más deseaba era verse liberado cuanto antes de aquel galletero tan incómodo.